

10. DEFINIENDO A LA COMUNIDAD

El historiador judío Flavio Josefo utiliza el término “secta” (αἵρεσις, *hairesis*, “grupo, partido”) para designar a los diversos grupos o partidos religiosos dentro del judaísmo del siglo I d.C.: saduceos, fariseos, esenios y, todavía, el grupo de los zelotas o sicarios. El judaísmo contemporáneo del Nuevo Testamento estaba fragmentado en varias “corrientes” o “escuelas de pensamiento”, si bien permanecía unido en la afirmación común del monoteísmo y en la tradición histórica del pueblo. Los esenios se alejaban de otro de los pilares del judaísmo al rechazar el lugar central del Templo de Jerusalén.

Esta variedad de corrientes está reflejada también en el Nuevo Testamento: “la secta de los saduceos”, “de los fariseos” (Hechos 5,17; 15,5); “la secta de los fariseos, la más estricta” (Hechos 26,5). Ante el tribunal del procurador romano, Pablo es acusado de ser “jefe de la secta de los nazarenos” (Hechos 24,5). Pablo les corrige: “doy culto, λατρεύω, al Dios de mis padres según el Camino, ὁδός, que ellos llaman secta” (Hechos 24,14. Y así le llaman también los judíos de Roma, sabedores “que a esta secta se la contradice en todas partes” (Hechos 28,22).

El término “secta” tiene una connotación negativa y por eso no solamente Pablo en su defensa ante el procurador romano lo corrige, sino que son muchos los que dudan de su utilidad para explicar el nacimiento del movimiento cristiano. “Secta” sirvió para designar los diversos movimientos de reforma que, a partir del siglo XVI, dirigieron su lucha sectaria contra la Iglesia Católica. Es el sentido en que orientó su estudio uno de los primeros investigadores de la sociología de la religión, Ernst Troeltsch (1865 – 1923), en su obra *Enseñanzas sociales de las iglesias y grupos cristianos* (1911). Desde un punto de vista sociológico, “iglesia” sería el grupo religioso mayoritario que contribuye a conservar la cohesión y el orden de la sociedad en una región. “Secta” designaría, en cambio, al grupo disidente que pretende construir una alternativa a la religión mayoritaria y al orden social que esta mayoría acepta. Este concepto fue aplicado por R.Niebuhr (1929) a la proliferación de confesiones cristianas en los Estados Unidos, que habían comenzado como sectas de otras confesiones. Las sectas surgen generalmente del malestar social y, aunque algunas desaparecen al cabo de corto tiempo, otras pueden llegar a desarrollarse en iglesias confesionales. Contra éstas se formarán de nuevo otros grupos descontentos y así se multiplicará sin fin el número de sectas. La proliferación de las sectas contra las iglesias centrales es un problema que hoy se vive en muchas naciones cristianas de Hispanoamérica e incluso en naciones cristianas de vieja raigambre católica, como España e Italia. En la Iglesia Católica algunos grupos disidentes no aceptan puntos fundamentales de la organización eclesiástica como el Concilio y el papado.

La situación en la que comenzó a desarrollarse el cristianismo no corresponde a ese esquema. En general la civilización romana era tolerante respecto de la diversidad de cultos

religiosos practicados a lo largo del Imperio. Tampoco existía una “iglesia nacional” del judaísmo, pues no era un bloque uniforme sino que existían formas diversas de entender la religión según los diversos grupos. Un punto religiosamente importante como la vida más allá de la muerte era motivo de discusión entre fariseos y saduceos (Mateo 22, 23ss; Hechos 23,6-8).

Sin embargo, en términos sociológicos la evolución de la separación entre la Iglesia y la Sinagoga puede ser descrito como el proceso por el que un movimiento reformista se convierte en secta. Este proceso se lleva a cabo en tres etapas o momentos:

a/ *Denuncia*: el movimiento reformista acusa de corrupción al grupo de origen y se propone purificarlo de sus vicios o errores. Esto hicieron los esenios denunciando al “Sacerdote Impío” de haber violado el orden sagrado de las fiestas, el calendario religioso, y de haber profanado el Templo. Es lo mismo que hace Jesús con sus invectivas contra los sacerdotes y los maestros religiosos y con el gesto programático de limpiar el Templo, sobre todo en el evangelio de san Juan, que sitúa esta escena al principio de la actividad pública de Jesús (Juan 2,13-22). Es lo que hace también Pablo cuando acusa a los judíos de no ser mejores que los gentiles y, en concreto, de ser “ladrones, adúlteros, saqueadores de templos” (Romanos 2,17-24). Es claro que tales acusaciones son generalmente exageradas, y sólo sirven para ofrecer una justificación racional del movimiento reformista.

b/ *Contrapropuesta*: frente a la depravación del grupo original, los seguidores de la reforma se presentan como los predestinados a realizar lo que los otros ya ni quieren ni pueden comprender. Los otros son los malvados, los “hijos de las tinieblas o de Belial”, como en Qumran, mientras que los reformistas son los “hijos de la luz”, los genuinos. Es el sentido de la diferencia de conducta entre “los fariseos hipócritas” (Mateo 23,13-36) y los seguidores de Jesús que, al dar limosna y al rezar, no han de hacer “como los hipócritas” (Mateo 6,1-8).

c/ *Reinterpretación*: el movimiento reformista no prescinde de la tradición religiosa original, pero le da una interpretación que cree es la verdadera y auténtica. Los seguidores del movimiento de Qumran interpretaron la circuncisión en sentido espiritual, reduciendo el valor de la circuncisión física como signo de pertenencia al pueblo elegido: verdadera circuncisión es la que quita “el prepucio del mal instinto y la obstinación” (*Regla de la Comunidad*: 1QS 5,5). Lo mismo hará san Pablo contraponiendo una “circuncisión del corazón en el espíritu” a la circuncisión en la carne (Romanos 2,28s). La reinterpretación, en sentido de mayor urgencia, en favor de la “justicia mayor”, no como la de los fariseos, es la intención del Sermón del Monte.

El movimiento cristiano se desarrolló dentro de la cultura dominante del judaísmo palestino como una propuesta de regeneración del Israel auténtico. De partida los cristianos compartían con los judíos un conjunto de creencias y una visión del mundo

similar, si bien desde el principio, según la conducta de Jesús que describen los evangelios, existieron algunas diferencias respecto de la observancia del sábado y de las normas dietéticas. Solamente cuando, después de la primera sublevación judía (70 d.C.), se agudizó la tensión con el judaísmo, el grupo cristiano se fue separando más y más de la sinagoga. Es la situación que refleja el evangelio de Mateo. A pesar de la orden de no ir a tierra de paganos ni entrar en las ciudades de Samaría, sino limitarse a “las ovejas descarriadas de Israel” (Mateo 10,6), se advierte a los evangelizadores que van “como ovejas entre lobos”, que “serán entregados a los tribunales” y que serán azotados en las sinagogas (Mateo 10,16-18; Juan 9,34-35). Pablo no olvida haber recibido “de los judíos cinco veces los cuarenta azotes menos uno” (2 Corintios 11,24).

Al iniciar la misión fuera de Palestina el movimiento cristiano dejará de ser considerado “secta” y pasará a ser mirado como un “culto” extranjero que buscaba ser aceptado dentro de la cultura imperial. “Culto”, *λειτουργία*, *liturgia* en latín, designaba las celebraciones en honor de las divinidades del Estado o de la ciudad. A los ojos de los no judíos la propuesta cristiana debió ser juzgada como un movimiento sincretista más, que intentaba introducir en el sistema religioso del Imperio su propia visión religiosa del mundo. Pablo debió ser mirado como un sectario judío, en conflicto con otros representantes del judaísmo, como sucedió en Corinto (Hechos 18,4-6). La difusión del evangelio en Europa no siempre encontró la tolerancia proverbial (Hechos 16,19.40).

Fuera del ambiente judío, el cristianismo pudo difundirse sin insistir en dos rasgos característicos de la religión judía: la circuncisión y las normas de la pureza legal. Tanto la circuncisión como el mantenimiento de las reglas dietéticas eran dos muros que impedían la libertad de un mensaje dirigido sin reservas a todos los pueblos. En la carta a los Efesios se define a Cristo precisamente como debelador de las murallas de separación entre los pueblos (Efesios 2,14). En contra del principio vigente en el desarrollo de una secta, que es la creación de grupos cerrados, el cristianismo se presentaba como “un sistema abierto” en el que había lugar para todos y en el que, a la hora de sentarse a la mesa, la preferencia correspondería a quien sirve, no a quien está sentado en la cabecera (Lucas 22,27, dicho exclusivo del evangelio de san Lucas).

La apertura del evangelio a los no judíos se realizó a partir del momento en que una voz del cielo ordenó a san Pedro “trincar y comer” (Hechos 10,13). La decisión de aceptar a todos a la mesa común sin atender a las normas judaicas evitó que el cristianismo siguiera siendo una secta. Los esenios, secta judía contemporánea de los orígenes cristianos, mantenían un riguroso sistema de selección que excluía a los deficientes físicos y en el orden de las comidas rituales seguían un sistema riguroso de prelación (*Regla de la comunidad*: 1Q S 6,8s). Comer juntos fue “rasgo esencial cristiano”.

¿Secta mesiánica desde el punto de vista judío o nuevo culto extranjero que buscaba ser aceptado en la cultura del Imperio Romano? Son dos alternativas que reflejan a fondo la cuestión de cómo una secta judía se fue progresivamente separando del judaísmo, mientras adoptaba algunas formas religiosas del nuevo ambiente helenista. Cuando Ignacio de Antioquía (30-35 a 107 d.C.) introdujo el término *cristianismo*, **Χριστιανισμός**, para designar la nueva doctrina, la cuestión se planteó con mayor claridad: el *cristianismo* se contraponía al *judaísmo* (el término **Ἰουδαϊσμός** aparece ya en Gálatas 1,13-14) y se acercaba al *helenismo* (**Ἑλληνισμός**, en 2 Macabeos 4,13 para designar la adopción de algunas costumbres de la cultura griega). Se inició un movimiento que tenía algo de paradójico. El mensaje de Jesús, nacido dentro del judaísmo, abandonaba su matriz y adoptaba conceptos e incluso estructuras del paganismo. El alejamiento del judaísmo lo justificaba Ignacio como algo natural: “Es absurdo hablar de Jesucristo y al mismo tiempo practicar el judaísmo” (*Carta a los Magnesianos* 10,3).

El estudio de los orígenes cristianos se ha ocupado de esta cuestión: ¿por qué y hasta qué punto el cristianismo dejó de lado el judaísmo, al mismo tiempo que asimilaba rasgos propios del helenismo? La explicación divulgada por la teología liberal de mediados del siglo XIX (F.C.Baur y Reimarus) era que el cristianismo tuvo que dejar atrás el particularismo del mundo judío para abrirse a la universalidad de la cultura helenista. En esta simplificación asomaba el pernicioso orgullo de la civilización aria contra el judaísmo.

La helenización del cristianismo fue tema dominante en la historia de las religiones, uno de cuyos máximos iniciadores fue Adolfo Harnack (1851-1930), para quien el desarrollo de los dogmas cristianos fue obra del espíritu griego. Esta asimilación siguió un doble camino: por un lado se apropió las metáforas sociales del judaísmo al considerarse los cristianos el verdadero Israel, superior al “Israel según la carne” (1 Corintios 10,18), de modo que los seguidores de Cristo son ahora “un pueblo elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios” y así los que antes eran “no-pueblo, ahora son pueblo de Dios” (1 Pedro 2,9-10). Esta nueva condición, que retenía lo mejor del judaísmo, no frenó la adopción de elementos propios de la cultura helenista. El cristianismo dejó de considerarse simplemente un “culto”, **λειτουργία**, *liturgia*, y se fue transformando en religión. El contacto con el helenismo se hizo sentir en el desarrollo de un misticismo cristiano que exaltaba al Señor Jesucristo. El título de Señor, **Κύριος Ἰησοῦς**, era un desafío al culto del emperador y al mismo tiempo la afirmación del punto central de la fe cristiana radicada “en Cristo Jesús”, **ἐν Χριστῷ Ἰησοῦ** (Gálatas 2,4). Seguiría el desarrollo de la experiencia del Espíritu Santo llamado también Espíritu de Jesús, la doctrina sacramental sobre el Bautismo y la Cena. Son puntos que aún están abiertos a la investigación. Nos movemos en terreno de hipótesis, que no se apoyan solamente en los textos o en la arqueología, sino también en los presupuestos ideológicos de cada escuela y también de cada época.